

*"Francisco García Gómez. Profesor y artista singular  
en la Academia", por el Ilmo. Sr. D. Juan Cordero Ruiz*

Mucho nos costó sentar a **Francisco García Gómez** en el sillón nº 10 de esta Real Academia. Por fin, tras muchos requerimientos, leyó su discurso de ingreso, en recepción pública y solemne el día 29 de enero de 1999, alcanzando la plenitud de derechos y deberes en su condición de académico de número.

Me cupo el honor de recibirlo en nombre de la Real Academia y, ahora, en tan corto plazo, me siento en el doloroso trance de despedirlo en esta protocolaria sesión necrológica.

Pero no se piense que esa presencia, que se nos antoja breve, no nos dejó la huella indeleble de su singular personalidad, aunque yo tengo un sentimiento, que creo compartido por quienes le conocimos bien: no supimos aprovechar lo mucho que pudo regalarnos su gran talento artístico y particular ingenio, si bien es justo reconocer que su original carácter dificultaba las actividades colectivas y corporativas.

No es la hora ni el lugar de comentar los muchos méritos que le adornaban y su singular y meritoria trayectoria como artista, que en esta hora postrera muchos comentarios laudatorios pueden parecer exagerados y, por ello, se suelen convertir en lugar común recurrente, con lo que devaluamos el elogio auténtico. Yo, más bien, quiero llamar la atención sobre un aspecto de difícil reparación: no haberle otorgado en vida el reconocimiento a sus singulares saberes, y no sabernos aprovechar, en beneficio de la Academia, de ese talento nada común que poseía, cuando era el más preparado y cualificado artista gráfico de esta hora sevillana.

Me acojo personalmente, como descargo de mi conciencia, el haberlo conocido bien y ser su amigo: lo llamé a mi lado como subdirector de la Escuela Superior de Bellas Artes, y más tarde como vicedecano de la Facultad; lo

propuse para cuantos encargos importantes dependieron de mí, incluso quise que realizara mi propio retrato institucional, propiedad de la Universidad de Sevilla, así como el retrato del Rey Don Juan Carlos que preside el Paraninfo de la Universidad Hispalense, entre otros encargos; también ejercí mi influencia como presidente de la Asociación de Amigos del Museo para que estuviese representado en el Museo de Bellas Artes de Sevilla con uno de sus mejores cuadros; y hoy quiero aprovechar esta ocasión para rogarle a la actual dirección que sea expuesto en el preferente lugar que le corresponde.

Pero mi cariño sincero y profundo, lleno de admiración por el compañero que se nos ha ido, no me impide reconocer que era de un carácter original y difícil para la convivencia. Pensando mucho en las claves de ese difícil carácter, en tan inteligente artista, afirmé que era la ironía su cualidad más afilada, y así lo dejé apuntado en mi discurso del acto de recepción a que me acabo de referir. Sí, su aguda inteligencia y sus superiores cualidades artísticas, que lo hacían muy superior a tanta mediocridad triunfante, le hizo escéptico a los prestigios espurios que le rodeaban. Y él mismo se volvía sarcástico con su propia obra, lo que desconcertaba a muchos que le seguíamos admirando; pero a veces el mismo García Gómez caía en sus propias burlas y entraba en etapas de crisis y depresión, en las que no pintaba nada por falta de convicción sobre el reconocimiento a la importancia y calidad de su obra.

No trato de hacer un retrato psicológico de Francisco García Gómez, para lo que no me siento preparado, sino descubrir públicamente que, tras esa aparente indiferencia, incluso burla y chanza por su propia obra y la de sus compañeros, se ocultaba una seria y profunda reflexión, una crítica exigente y unos sabios criterios que le atormentaban más allá de lo que aparentaba. De esa limitación humana, que no alcanza la perfección ideal, que se queda en la mente del artista sin llegar al lienzo, era plenamente consciente nuestro amigo, y ello constituía una continua inquietud y escepticismo en su espíritu sensible y cultivado. Francisco García Gómez, ante esta realidad tenía una reacción singular y desconcertante; de toda esa tragedia íntima, se defendía con su aguda ironía, rayana en un sarcasmo que tantos disgustos e incomprendiones le costaron. No era fácil descubrir sus hondas preocupaciones estéticas y culturales para quienes se dejan llevar de las apariencias, por sus dichos ingeniosos y comentarios jocosos ocasionales; por ello es de justicia pregonarlo ahora por quienes tuvimos el privilegio de adentrarnos un poco en esa alcoba de su alma, donde guardaba con pudor y celo sus profundas inquietudes, sus vitales exigencias, sin dejar entrever la trágica riqueza de su particular sabiduría. Por esa actitud que ejercía ante la vida y el arte yo denuncio aquí la incompreensión

y contradicciones de cuantos le trataban superficialmente, y no lograron entrar, porque él cerraba la puerta por dentro, en ese íntimo y genial recinto donde elaboraba la alquimia de su creación artística.

Por esa aparente indiferencia a su propia obra era enemigo de toda pedantería, y se rodeaba de personas sencillas, ingenios del pueblo, del barrio o del mostrador de la más cutre taberna, donde descubría a esos anónimos sabios populares, entre los que se encontraba más a gusto que en los foros oficiales de los doctos reconocidos. Pero esta Sevilla que él tanto conocía y amaba, le cerraba muchas puertas con cierta descalificación sutil, más despectiva y envidiosa que cariñosa, cuando le llamaban amistosamente "*Paquillo*".

Si, nuestro ilustrísimo amigo se merecía más consideración de la que gozó cuando vivía entre nosotros, más reconocimiento a su irrepetible y complejo talento. A muchos pueden parecerles suficientes las metas alcanzadas que, ciertamente, fueron muchas, pero yo proclamo aquí, cuando ya no puede violentarse su natural modestia, que mereció mucho más. Y es que Sevilla tiene una particular escala para valorar a sus hijos; incluso cuando la calidad de algunos es tan evidente, le suele poner un acento negativo, como de un Cernuda afeminado o un Ressendi borracho..., lo que me recuerda una frase del propio Paco que, con el riesgo de ser incorrecto, no me resisto a referir: "El sevillano, decía, cuando no tiene más remedio que reconocer la valía de un pintor, dice: ***"que bien pinta el hijo de la...."***"

Pero todo eso pasó y pertenece a ese largo anecdótico biográfico que no es de esta ocasión; ahora nos queda su obra; y, también para sus amigos y admiradores, el recuerdo de sus sabias reflexiones (aunque estas hay que saberlas espigar de entre el intencionado camuflaje de sus chanzas e ironías).

Para el público oficial tuvo dos ocasiones, patrocinadas por esta Academia, donde la seriedad de su palabra dejó constancia de sus acertados juicios: primero en su discurso de ingreso con el título "*Tradición, vocación y aprendizaje en el Arte de la Pintura*" y, más tarde, en la contestación a la recepción como Académico de Honor del pintor Cristóbal Toral. Podemos decir que allí se puso serio para dejar al descubierto su credo estético, si bien, para quienes saben "leer en el arte de la pintura", puedan entender mucho más de lo que dice con la palabra, aquello que "escribe" con el críptico lenguaje de su propia obra pictórica.

Pero ¿dónde está su obra? Desgraciadamente dispersa e infravalorada. Ese singular carácter que hemos apuntado le llevó a desprenderse de sus obras del modo más descontrolado e irregular; no siempre fue necesidad económica el móvil de ese desprendimiento, sino aparentes caprichos de amistades

interesadas que, no sabiendo apreciar el gran valor de esas obras nos hacen hoy casi imposible su seguimiento.

Es por ello que me atrevo a hacer una propuesta, aunque sea alterando la tradición de esta Real Academia: que no sean solo las palabras ajenas las que hagan este homenaje póstumo a los artistas creadores que nos dejan con su muerte, sino que, como reparación más justa y permanente, sea una muestra pública de su propia obra, bien ordenada y catalogada, la que se exponga al público y, de ese modo, sea el propio artista quien hable con su peculiar lenguaje.

Porque, como en este caso, ¿qué puede agregar mi torpe palabra que ya no esté expresado en sus pinturas y dibujos? ¿Qué pueden importar algunas anécdotas, o algunas peculiaridades de su carácter y de su vida, tan semejantes y, a veces tan normales, como cualquier otra? No deja de ser una grave responsabilidad, de la que soy consciente, que sea mi particular opinión, llena de subjetividad, cuando no de prejuicios, la que cierre esta postrera despedida a tan insigne artista. Lo trascendente, lo permanente y lo singular, lo que un día le llamó a esta Real Academia, es su obra de artista magistral. Ella le justifica, pero esa razón puede quedar escamoteada o encubierta por la palabra de quien solo tiene buenos deseos, y, como en este caso, no domina el arte del decir con las palabras. Muy pobre y, tal vez distorsionado, puede ser el resultado de esta despedida. Es por ello que se me ocurre esta variante del discurso póstumo del extinto compañero. Y aunque corramos un riesgo que no quiero ocultar, porque es producto y condicionamiento de nuestra actual educación, por la que nos han enseñado a interpretar mejor un texto gramatical, y no nos ha preparado para “leer” directamente la expresividad contenida en las formas y los colores, con cuantos matices contiene el inefable lenguaje del arte plástico. Reafirma este riesgo que comento la frecuente experiencia en que nos vemos implicados, cuando nos encontremos ante obras maestras de la pintura, por ejemplo, y nos interpelan personas de reconocida cultura, quienes nos solicitan que “se las expliquemos”.

Es una pena que la prolífica obra de García Gómez, producto de mil circunstancias diversas, esté desperdigada por insólitos lugares, y no pueda contemplarse reunida para poder calibrar su calidad excepcional, respaldando estas alabanzas que aquí traigo, y que pudieran parecer exagerado producto del afecto y la amistad. Pero no es así, porque estas palabras no son el producto de una apasionada admiración personal, sino que se basan en el conocimiento lógico y frío, aunque incompleto, de la contemplación de muchas de esas obras. Obras que están buscando, como aquellos personajes de Pirandello, a un autor. Yo desde aquí hago votos porque alguien, con ilusión y preparación, se sienta

interpelado por este discurso y acometa tan noble como gratificante tarea.

Una tarea, que ya prevengo, no es fácil: no solo por las dificultades materiales de reunir tantas obras dispersas, sino, particularmente, por agrupar metodológicamente los variados conceptos estéticos y las sutilezas de su irónico lenguaje. Etapas diversas que ya anoté, como referidas a nuestro amigo, por Ortega y Gasset, cuando dijo de Velázquez: *“Ya pasó por el realismo epidérmico, ya ha superado la visión subjetiva, y se explaya ahora en ese mundo de lo intrasubjetivo”*. Dificiles etapas que usó y entremezcló García Gómez sin orden ni cronología previsible.

De igual modo que el genial maestro sevillano a quien tanto admiraba, y que tan profundo impacto le produjo con el retrato del Papa Inocencio X, cuando juntos lo vimos en El Prado, fueron muchas las ocasiones en las que me abrió a esas inquietudes y me enseñó la agudeza de su sensibilidad. Mucho discutimos ante esa maravilla del genio velazqueño llegando a la conclusión que por ese camino se había agotado una trayectoria imposible de superar. Y cito este hecho porque el resultado de aquella visión está a nuestro alcance en esta misma Academia. Y porque fue entonces cuando optó por el quiebro a la ironía pintando el cuadro que donó a esta Real Academia y hoy se puede contemplar en su pinacoteca. Tomó la coartada de la ironía, en la que ya militaba, pero ante esa obra tomó conciencia de su verdadero e innovador camino, aunque ya había transitado otros originales senderos que supo utilizar con maestría y originalidad en sus muchas obras. Que a esta ironía pictórica es a la que me refiero, distante de las filosóficas de Platón, Hegel o Schlegel, cuando afirmo que ante la excelencia insuperable de los grandes maestros, que cerraban toda posible continuidad o superación, nuestro académico extinto hace un quiebro de “larga cambiada” y se recrea en la ironía como fórmula pictórica y vital, en un moderno concepto romántico. Fórmula a la que el propio Friedrich Schlegel le concede la máxima categoría estética, diciendo: *“el arte se mira, deja de ser trascendente y se ríe de sí mismo”*. Quizás en esto se manifiesta el más moderno sentido estético de García Gómez, y en el que convenga profundizar por sus futuros biógrafos.

Y, para terminar este protocolario recordatorio, una palabra más con el ferviente deseo de no equivocarme. No dudo que el definitivo Juez de su obra y su vida, misericordioso y justo, ya ha penetrado en esos ocultos rincones de su alma y ha iluminado todas las bondades que celosamente guardaba, rincones íntimos que muchos, desde nuestras mezquindades y prejuicios humanos, no supimos ver y aprovechar. Por ello deseo que ya esté gozando la recompensa de la Verdadera y Sublime Belleza que aquí intuía y se vislumbra con su arte. Que



su recuerdo permanezca en quienes le conocimos, su obra se reconozca y admire por los amantes del arte, y que él goce de la eterna presencia de la Belleza Divina.



*Retrato del Papa Inocencio X pintado por el Ilmo. Sr. D. Francisco García Gómez*

*HE DICHO.  
Juan Cordero Ruiz*